

Homilía para el segundo domingo de Semana Santa de 2021

En el misterio de nuestra fe, existe un vínculo entre amar a Dios y amar a nuestro prójimo. La mayor parte de la predicación -incluso en los primeros tiempos de la Iglesia- se ha ocupado de recordar que debemos amar al prójimo si decimos que amamos a Dios.

De hecho, en la Primera Carta de San Juan, justo antes de la segunda lectura de hoy, encontramos las palabras:

"Nosotros amamos porque él nos amó primero... quien no ama al hermano que ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto. Este es el mandamiento que tenemos de él: el que ama a Dios debe amar también a su hermano". (4:19-21)

==_==_==_==

Pero aquí hay un diálogo. El tráfico del amor fluye en ambas direcciones. En el pasaje de hoy, leemos el otro lado del misterio; que, "sabemos que amamos a los hijos de Dios cuando amamos a Dios".

Si amamos a Dios, amamos a su engendro, que es Cristo. Pero a través de Cristo todos los que son cristianos han nacido de nuevo en el agua y el Espíritu. Por lo tanto, si amamos a Dios y obedecemos sus mandatos, entonces tenemos la capacidad de amarnos los unos a los otros que son miembros del cuerpo de Cristo. Al recordar lo que dijo Nuestro Señor en la Última Cena: "Así es como todos sabrán que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros". (Juan 13:35)

==_==_==_==

Y estamos llamados no sólo a amarnos los unos a los otros, aunque esa es la siguiente capa obvia que sale de nosotros amando a Dios.

También debemos amar al extranjero, a la viuda, al huérfano, a los que son nuestros vecinos y a nuestros enemigos. Debemos amar a todos.

Esto es imposible. Excepto si el Espíritu vive en nosotros. Y es sólo en ese amor dado por Dios a los demás que podemos hablar a otros de Cristo. Es sólo en ese amor dado por Dios que podemos desear que todos tengan el amor de Dios llenándolos también.

==_==_==_==

Esa es una de las razones de la Resurrección. Para recibir esa nueva vida en Cristo. Para ser creados de nuevo. Ese es parte del mensaje de nuestro pasaje del Evangelio de hoy.

Cuando Cristo se acerca a los discípulos en la tarde de la Resurrección, les da el Espíritu Santo; soplando sobre ellos.

Respira sobre ellos. Esta acción nos remite a los primeros capítulos del libro del Génesis. Dios creó todos los seres vivos. Para los animales, una indicación básica de vida sería - el aliento. La palabra para “aliento” era la palabra para “espíritu.” Todos los seres vivos tienen algún tipo de espíritu, o alma, que los organiza con el fin de que todas sus partes trabajen juntas.

Pero la humanidad se menciona específicamente como hecha a imagen y semejanza de Dios. Y además, esa creación se describe como si Dios respirara en Adán -el aliento de Adán viene de Dios de una manera especial. Y aunque otras criaturas viven, a Adán se le llama un ser vivo. La vida humana es distinta, especial. Tiene una relación especial con Dios.

Cristo es el Nuevo Adán. Él es el comienzo de una novedad para la humanidad. Como Dios – Cristo crea la Humanidad de nuevo al insuflar el Espíritu Santo en los Discípulos.

Este primer día de la semana es el primer día de una nueva creación. El Espíritu habita en la humanidad que ha sido tocada por Cristo de una manera profundamente diferente a partir de la Pascua.

==_==_==_==

Estoy utilizando bastante la palabra "Nuevo". Quizás si la escuchamos demasiado puede parecer - vieja. Esa puede ser una de las continuas frustraciones que experimentamos; tratando de entender que nuestra vida siempre es nueva cuando la vivimos todos los días. Vivir en Cristo es una Vida Nueva; una vida nueva por venir, y también una vida nueva aquí y ahora.

Pero la fe pascual no es la proverbial píldora mágica. Cada día más tenemos que dejar que el Hijo (y el Padre y el Espíritu Santo) nos convierta. El Evangelio de

hoy es un ejemplo perfecto de ello. Cristo ha resucitado, pero incluso a la semana siguiente, la Resurrección no ha transformado completamente sus vidas. La vida de los que vieron su resurrección no ha cambiado tanto que incluso uno de ellos, Tomás, no está convencido. Y el propio Tomás no está convencido, a pesar de haber caminado con Nuestro Señor durante años.

Se necesitará toda una vida de caminar con Cristo y en el Espíritu para ver un crecimiento permanente del amor en ellos. Sin embargo, lo que harían bajo la guía del Espíritu siempre superaría con creces sus propias limitaciones personales.

Y su amor cambiaría el mundo. Pero no de forma mundana. No construyendo y conquistando. En cambio, amando, dando y compartiendo. Compartiendo no la riqueza mundana, sino las riquezas de la relación con Dios que se les ha dado.

==_==_==_==

El gran Misterio Pascual de nuestra redención consiste en dejar que la palabra "Nueva" de la "Buena Noticia" nos conceda ojos nuevos. Cristo está vivo, no como una peculiaridad histórica, sino para darnos una vida nueva. Esa nueva vida implica amar a los demás, pero no como objetivo final. De hecho, no podemos amar a los demás durante mucho tiempo si el amor de Dios no está en nosotros. Y permitir el amor de Dios en nosotros sólo puede ocurrir si amamos y deseamos a Dios y la voluntad de Dios. Y el Espíritu de la verdad nos dará a conocer la voluntad de Dios y nos permitirá vivirla.